tial Esposo! ¡Quién puede comprender esta desproporcion infinita? El Rey de los reyes, el Señor de los señores, á quien habeis ultrajado de tantos modos y tantas veces despues que os habeis prostituido á su enemigo y preferido á su amor el de las viles criaturas, os perdona, se reconcilia con vos y os recibe de nuevo en su casa, en su mesa y entre sus brazos, os declara otra vez su esposa querida y solemniza con una fiesta la renovacion de vuestro desposorio.

Invocad pues á su piadosa Madre para que os sirva de madrina en tan augusta solemnidad. Ella es rica y puede daros con su intercesion una magnífica vestidura con que os presenteis dignamente á tan excelso tálamo. Es la madre del amor hermoso, del temor filial, del conocimiento y de la santa esperanza. Ved aquí las preseas con que puede adornaros y que son las mas propias para este dia feliz. Pedid á su esposo José, que fué tambien el padre putativo de vuestro amante esposo y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la madre y del hijo, que os sirva de padrino. Invocad á vuestro ángel de guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedidle que os ayude en el acto mas importante de ella; á los santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios os ha destinado para vuestra custodia; ocurrid á los de vuestra devocion para que os asistan en lance de tanto interés y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los bienaventurados que le gozan, á todos los ángeles que le sirven y que le acompañarán reverentes cuando se digne descender á vuestro pecho. Pedidles que os enseñen á respetarle como ellos le respetan y á encenderos en amor como ellos se abrasan, y estad seguro que si los llamais con sincero fervor, todos vendrán á asistiros y á ofrecer al Señor vuestros deseos. Estos felices inmortales, arrebatados en el amor de este Dios de que gozan, están tambien penetrados del mismo espíritu, y no emplean su existencia bienaventurada sino en alabar incesantemente á su divino bienhechor y en pedirle misericordia para los mortales que imploran su auxilio y se convierten de corazon.

¡Cuál debe pues ser vuestra confianza cuando considereis que os vais á presentar á un Dios de bondad que se digna de venir á vos y que vais acompañado de tan excelsos padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos y que todos intercaeden para que el Espíritu Santo os aplique con esta carne divina y vivificante que vais á recibir, todos los méritos de Jesucristo y todos los frutos de su redencion!

Considerad tambien que ya estais en el seno de la Iglesia y que esta madre piadosa, aunque dividida en sus miembros y derramada por toda la tierra, está siempre unida de intencion; que esta es la familia santa compuesta principalmente de los escogidos y de los amados de Dios, que le adoran en espíritu y en verdad aunque entre sombras, esperando el dia de la luz; que ahora mismo está con gemidos amorosos pidiendo por vos, cuando ruega por la conversion de los pecadores y por la perseverancia de los justos. ¡Cuántos motivos pues para animar vuestra desconfianza, por mas vil y abominable que haya sido vuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, ó si pensais en ella, sea solo para despertar mas vuestra gratitud y admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuele hasta su altura con las alas del amor y de la confianza, que vuestro corazon se enlace desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador, que vuestro entendimiento no se ocupe sino en la memoria de su pasion y de su divino sacrificio, considerando el infinito amor con que se abandonó por vos á tan inauditos tormentos como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecian, y en fin, esta inmensa caridad con que á pesar de vuestros extravíos viene á unirse con vuestra alma en la mas dulce y amorosa union. Jesucristo ha instituido este sacramento en memoria de su muerte, y esta es la idea mas digna, el pensamiento mas tierno en que puede ocuparse el que va á recibirle si quiere ser fiel á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto, escuchad y no escucheis otra cosa que esta voz del Evangelio que Dios os comunica por mis labios: Ved aquí el esposo que viene; salidle al encuentro. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oido, despierte y produzca en vuestro corazon todos los sentimientos de ternura y amor que se le deben. Sí, señor, no lo dudeis, es vuestro esposo, y el esposo mas amante, el que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro esposo como en el de la Eucaristía, porque su efecto es unirse íntimamente con el que le recibe, hacer una misma cosa de los dos y producir verdaderamente una alianza espiritual.

Para salir como es menester á recibirle, considerad cómo él mismo viene: viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. El mismo nos dijo, cuando instituyó este sacramento, que habia deseado con ardor celebrar con nosotros esta pascua, esta pascua en que se come el verdadero Cordero. El mismo es el Cordero. Esta pascua en que para darse á vos prepara el sacrificio mas terrible. Si él deseaba por venir á nosotros padecer tanto mal, ¿cuánto debemos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es manantial de todo bien? ¿y con qué respeto, devocion y alegría le debemos esperar?

Así le recibe el anciano Simeon cuando le tomó de los brazos de su Madre y cuando protestó que no habia deseado la vida sino para ver á su Salvador; así le esperaban los antiguos patriarcas, suspirando por el dichoso dia en que se cumplirian las divinas promesas; así le recibió la madre del Bautista cuando vió en su casa á la Madre de su Señor y le dijo: ¿De dónde me viene tanta dicha que la Madre de mi Señor entre en mi casa? Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué haremos nosotros, indignos y pobres pecadores, cuando veamos que el Dios del universo y toda la gloria de los cielos desciende hasta nosotros? ¡Con qué ardor y sinceridad debe decir nuestro corazon: ¡Oh Padre! ¡oh buen Pastor, mi Dios y mi Señor, no te has contentado con criarme á tu imágen y haberme rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomprensible de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para trasformarme en vos, para uniros conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad!

¿De dónde me viene tanto bien? No es por mis méritos, pues no he hecho mas que ofenderte; no por honraros, pues soy un pobre que hiciste de barro y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú deseas venir

mas á mí, que yo, que soy el que debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo deberia buscaros para tener en vos al que puede dármelo todo; pero vuestro amor excede tanto aun á mi propio interés, que vos venís á dármelo todo, aunque yo no lo desee ni lo busque tanto como debiera. Vos habeis dicho que vuestras mas dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¡Qué bondad! No es tan natural al sol alumbrar ni al fuego encender, como á tí amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos saludables que deben ocuparos hasta el feliz momento que os prepara el cielo. Vuestro corazon debe inundarse en un mar de alegría y bogar con los veloces remos de la dulce esperanza; pero como la santidad de este esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte él gusta de ver en el amor de sus esposas un casto pudor, es menester que vuestra devocion y alegría vayan acompañadas de una profunda reverencia, considerando por un lado la majestad del que viene y por otra la bajeza del que aguarda. Estos sentimientos reunidos os podrán hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sirve al Señor con temor y alégrate en su presencia con temblor.

Acordaos de las terribles amenazas que publicó Moisés por órden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley; tened presente cómo mandó que nadie se atreviera á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre, ni bruto, ni rebaño, so pena de ser apedreados. Reflexionad que aunque permitió á Aaron, que él mismo habia nombrado soberano sacrificador, que subiese al monte, le mandó no obstante que adorase desde lejos, sin que otro que Moisés tuviese el privilegio de acercarse; y discurrid que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿cuál debemos tener cuando el mismo Señor viene en persona? Escondaos pues de vuestra propia bajeza, humillaos hasta el polvo de la tierra cuando veais que el Señor de tanta majestad desciende para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre y se fué. Me seria imposible, Teodoro, referirte por menor todo lo que me dijo en los dias que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos seguidos como los precedentes; eran tiernos afectos y movimientos de su corazon; no tenian mas que un objeto, que era el de mi próxima no merecida felicidad; pero tan varios y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar, tanto mas cuanto aquellos dias pasaba mas tiempo conmigo y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como habia hecho hasta entonces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que ya no eran raciocinios del espíritu, sino desahogos tiernos de un corazon inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos dias me dijo aquel ángel del cielo. Era un rio impetuoso de sentimientos y afectos encendidos, era un volcán ardiente de que salian continuamente erupciones inflamadas. Se veia que su corazon era una hoguera, que ardia en el amor divino y que las llamas le salian por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en sus discursos! ¡qué viveza en sus imágenes! ¡qué coloridos en sus locuciones! ¡qué sensibilidad en sus palabras! Su espíritu me parecia superior al de un hombre, y que poseia ya los dotes de las inteligencias celestes; todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compuncion, que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no; Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mias, su dignidad me imponia respeto, sus afectos me penetraban, y bendecia á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias, en una repeticion incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado, me dijo: Id, señor, á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce espectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais, vuestra primera idea sea decir: ¡Es verdad que voy á recibir á mi Dios? Antes de entregaros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la esposa de los Cantares, que mientras ella dormia su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande dia.

Adios por hoy, Teodoro mio.

CARTA XIX.

EL FILOSOFO Á TEODORO.

Llegó por fin, Teodoro, este dia tan deseado, este dia destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliria tan amable esperanza, y habia procurado practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le vi entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero me pareció que traia un aspecto

mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible y parecia querer decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha y el término de nuestras penas. Yo me preparaba á seguirle; pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerqueis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo, estamos convidados y vamos á presentarnos á la mesa del Señor. Ve aquí, pues, el momento en que debe excitarse de nuevo vuestro corazon á los mas vivos afectos de amor. Sin duda que reconocemos nuestra indignidad; pero pues el Dios de misericordia se ha dignado escogernos, pues nos ha dado el tiempo y los medios, pues nos está esperando, ¿cómo dejaremos de aprovecharnos de tan sumo don? ¿Y cómo, si consideramos los muchos bienes que nos vendrán con él, no tendremos un deseo ardiente, una hambre santa de comer este pan celestial? Este deseo, esta hambre son la mejor disposicion que podemos llevar para recibirle dignamente y sacar mas fruto.

El corazon humano, grosero, en que solo producen efecto los objetos sensibles, se enciende difícilmente en afectos tan vivos con las ideas espirituales que la fe presenta y que solo puede percibir el alma; pero la misma fe ayudada de la gracia le puede inflamar, cuando se detiene á considerar los efectos de este sacramento y las asombrosas mutaciones que suele producir en los que la reciben con la preparacion que se debe. Por eso antes de que nos lleguemos á la santa mesa, me ha parecido haceros algunas reflexiones, tomadas tambien del venerable padre Granada, y que podrán excitaros mucho en esta ocasion.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo hombre que es Jesucristo, fuente y principio de todos nuestros bienes, así opuso al fruto funesto del árbol vedado que nos ha perdido, otro fruto celestial, que es el divino Sacramento, fruto del cielo, que sirve de remedio á todos esos daños. Y como por la obediencia del segundo Hombre nos hemos libertado de todas las desgracias que nos acarreó la desobediencia del primero, así todos los males que nos produjo aquel alimento funesto se sanan con este pan divino.

Este sacramento, pues, es un antídoto saludable que inventó la caridad divina para curar á todos los hombres del pestilencial veneno con que la antigua serpiente los habia infestado. Y para comprender bien cuántos bienes nos comunica esta vianda celestial, basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda, teniendo presente que Dios instituyó este augusto misterio, mudó la maldicion en bendicion, pues que hablando del primer fruto, dijo: En el instante que comieres morirás, y del segundo ha dicho: El que comiere este pan vivirá eternamente.

¿Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida el que reflexione que come la misma carne de Jesucristo unida al Verbo divino? San Juan Damasceno dice que como el Verbo de Dios eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser, desde que se unió con la carne humana hizo su propia carne vivificante, de modo que esta carne unida al Verbo, comunica la vida á todo lo que toca. Así, no siendo otra cosa el Sacramento que la carne de Jesucristo unida á su divinidad, posee toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexionad, pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma cuando este divino Redentor entre en ella. Considerad los efectos que debe producir esta carne celestial animada con el alma de Jesucristo y consagrada con la inefable union de su ser divino. Es Dios Hombre el que viene á vuestro corazon con todos los méritos de su santa humanidad y con toda la plenitud de su divinidad. ¿Y á qué viene? A tocar con su carne la vuestra y comunicarla su propia vida, á llenaros de su presencia, á alentaros con su misericordia, á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la uncion de su gracia, á vivificaros con su muerte, á iluminaros con su luz, á encenderos con su amor, á acariciaros con su dulzura, á desposarse con vuestra alma y unirse con ella, á haceros partícipante de su espíritu y de cuantos méritos adquirió en la cruz, ofreciendo esta misma carne con que os regala.

Por eso con ese divino Sacramento vos concebis de nuevo mayor odio á los pecados pasados, quedais fortificado para lo venidero, vuestras pasiones se debilitan, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devocion se inflama, vuestra fe recibe nuevas luces, vuestra caridad nuevos ardores, vuestra esperanza crece, vuestra flaqueza se trasforma, vuestras fuerzas se reparan, vuestra conciencia se serena, vais á ser participante de los méritos preciosos de Jesucristo y á recibir una prenda de la vida eterna.

Sabed tambien que este es el pan que da valor á los pusilánimes, que sustenta á los caminantes, que levanta á los caidos, que anima á los cobardes, que da armas á los valientes, que alegra á los tristes, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enciende á los tibios, que despierta á los perezosos, que sana á los enfermos y que es el único remedio en todas las dolencias y el mas seguro recurso en las necesidades. ¿Quién, pues, que reflexione sobre los maravillosos efectos que produce este inefable Sacramento y sobre el amor y liberalidad con que nos le reparte nuestro adorable Redentor; quién, digo, será el que no desee tan inmensas riquezas? ¿Quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano?

Y vuelvo á deciros que la consideracion de vuestra indignidad no debe acobardaros ni entibiar el ardor de vuestra alegría; porque aunque este sacramento sea tan augusto y santo, debeis tener presente que es el tesoro que se ha descubierto para socorrer á los pobres, que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos, que es el remedio destinado á los necesitados y un gran festin que se prepara á los hombrientos.

Inferid de aquí con cuánta confianza, con qué hambre, consuelo y deseos debeis venir á recibir al Señor que va á llenaros de favores. Acordaos del ardor con que le deseaban los patriarcas y cómo penetraban el cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías tan deseado de las naciones. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo. El le trajo la vida de la gracia y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero para usar de una comparacion mas familiar, figuraos cuál será el impaciente ardor de una mujer que pobre y cargada de hijos aguarda la llegada de su marido, que vuelve de las Indias con inmensas riquezas y que espera

gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelos. Juzgad si vuestro deseo no debe ser mas vivo, pues esperais recibir al casto y dulce Esposo de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del cielo con todas sus riquezas para llenaros de dones inmortales. Esta consideracion debe animar vuestro fervor. Vamos pues, señor; el Espíritu Santo nos dirija, nuestros padrinos y protectores nos acompañen y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva inspiraros su amor.

El padre se levantó y yo le seguí á la acostumbrada capilla. Yo iba, Teodoro, como enajenado, mis sentimientos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspension absoluta. Apenas podia percibir mi propia existencia. Las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginacion, me embargaban de tal modo, que no podia distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del padre ya revestido en el altar me despertó del letargo, y conocí que ya era tiempo de prepararme á momento tan decisivo. Hacia esfuerzos para recordar todo lo que el padre me habia dicho y todo lo que mi corazon me decia; pero tantas especies juntas me confundian y las unas ofuscaban á las otras.

A pesar de mi turbacion interior, de este desórden y confusion de mis ideas, yo entreveia en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo que nacia de mi corazon. Mi razon no podia formar discursos, no podia separar las especies, pero mi alma las sentia, y me parecia que en este silencio ó embargo de mi entendimiento no estaba muerta la sensacion de mi corazon. Me rayaba una luz, aunque lejana, penetrante, y veia con ella mi propia indignidad y la misericordia de la inescrutable majestad que se dignaba descender hasta mí. Entre los sentimientos de horror é indignacion que concebia contra mis errores insensatos y mis pasiones odiosas, brujuleaba un rayo dulce de plácida esperanza. Sentia un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevacion me volvió á despertar. Con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazon; yo me dije atropelladamente: Ve aquí mi Dios, mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido delante de la suprema majestad del cielo y me postré hasta lo mas profundo de la tierra, considerando mis iniquidades y los largos errores de mi vida. Postrado y aterrado, hubiera querido huir de mí, y agravado de mi inveterada corrupcion no me atrevia á fijar mis ojos en el Dios de la pureza y sinceridad. No dudaba que estaba allí presente, que me veia y que habia venido por mí. No podia acordarme de nada de lo que habia aprendido y habia pensado para este lance; todo se trastornaba en mi memoria. La razon no me gobernaba, y solo me dirigia un sentimiento tan vivo como poco ilustrado, sentimiento en que me parecia haber humildad, pero que estaba acompañado de terror.

Otro toque de la campanilla me avisa de que ya llega el momento preciso; levanto los ojos y veo al sacerdote que vuelto á mí y con la hostia en la mano, pronunciaba ya las palabras sagradas con que la Iglesia implora la misericordia divina para que nos perdone los pecados. . . . Cuando ví al sacerdote que dirigiéndose á mí con la hostia en la mano, me dijo: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*, una nueva turbacion se apoderó de mi alma. No podré darte razon de lo que pasaba entonces por mí mismo; tan fuera de mí estaba. Solo sé que sin saber cómo y casi maquinalmente abrí la boca mas inmunda, que el ministro puso en ella el pan del cielo, y que el Dios de bondad entró en el mas perverso de los corazones.....

Muchos momentos pasaron antes de que yo pudiera reconocerme y salir de aquella especie de estupor con que estaban como en suspension todas mis facultades. Poco á poco el tumulto de mis ideas se fué sosegando, y yo empecé á distinguirlas con mas claridad; pero ¿quién podrá individualizar su inexplicable multitud? La primera que se me presentó con gran viveza, fué una rápida comparacion de mi estado presente con aquel en que me hallaba pocos dias antes. No podia concebir cómo en tan poco tiempo habia podido consumar la omnipotente bondad de Dios una tan grande operacion, cómo el que un mes antes era un prodigio de incredulidad y disolucion, podia ahora verse al pié de los altares y con su Dios en el pecho!

Admiraba esta providencia soberana que con medios dispuestos por su sabiduría me habia traido á esta casa, en donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me habia dado el tesoro de la fe, me habia conducido á la penitencia y perfeccionado su obra, dándome con el perdon y su gracia el mas inefable de sus dones, que es su cuerpo precioso y su divina sangre. Esta trasformacion tan completa y consumada en tan pocos dias, me trasportaba de gozo, me llenaba de admiracion y me hacia arder en afectos fervorosos de adoracion y gratitud.

Ya pude entonces recoger y encuadernar en mi mente todas las especies religiosas de que me habia instruido mi director. Levanté mi corazon á Dios, de quien me venia tanto bien, y le ofrecí con su Hijo amado, que estaba ya en mi seno, un sacrificio de alabanza; le presenté la hostia divina que acababa de dar la vida á mi alma y le supliqué por ella que no solo perdonara mis pecados, sino que me llenara de virtudes; en fin, procuré ejecutar todos los actos que me habian enseñado y que me inspiraba mi corazon reconocido.

Pero en medio de este ejercicio volvia siempre los ojos hácia mí, y con un consuelo inexplicable, con una alegría de un género nuevo y que experimentaba por la primera vez, me decia á mí mismo: ¡Qué! ¡mi Dios está conmigo! ¡ya soy cristiano! ¡ya soy del pueblo santo! ¡ya soy del linaje de los escogidos! ¡ya soy hijo de la Iglesia, miembro vivo de Jesucristo! ¡ya no soy objeto odioso á los ojos de Dios! ¡ya no contristo á los bienaventurados! ¡ya los santos de la tierra me miran como su hermano! ¡ya estoy rescatado! ¡ya tengo en mí el principio de la vida y puedo esperar que un dia seré compañero suyo y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad!

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me trasportaban. Yo hubiera querido hacer al universo testigo de mi felicidad para que se aprovechara, yo hubiera querido hacer que todos conocieran á este Dios de misericordia que les podia hacer los mismos bienes, y sobre todo, desengañar á los filósofos insensatos para que saliesen del abismo de miseria de que yo acababa de salir.

Te aseguro, Teodoro, que hasta entonces no habia conocido lo que era un gozo tan puro y la verdadera alegría del corazon. ¡Con qué ojos tan diferentes veia ya todas las cosas de la tierra que tanto me habian alucinado! ¡qué frívo-

los me parecian los honores! ¡qué despreciables las riquezas! ¡qué odiosos y pérfidos esos groseros placeres de que vivia antes tan ansioso! Si la imaginacion me los presentaba, mi corazon los repelia con horror, porque al mismo tiempo que sentia su fútil y alevosa dulzura, penetraba su malicia y los efectos funestos que producen.

Pero cuando levantaba mi vista al cielo y contemplaba la majestad de su soberano, la presencia del Dios de la hermosura, la compañía de sus felices escogidos, la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre renacientes, de aquellas delicias que no acaban y del perfecto contento del alma inmortal, que los debe gozar eternamente, toda la tierra me parecia estiércol, lloraba mis antiguos errores y compadecia á los que yacian todavía en los errores y las sombras de la muerte.

No sé cuánto tiempo duró este extático embeleso de mi alma; pero infiero que seria muy largo, así por la multitud de ideas que recorrí, como porque fué preciso que el padre me levantase del brazo y dijese: Ya es tiempo, señor, que nos vamos. En efecto, me puse en pié; pero me sentí tan inundado de consuelo, tan arrebatado del gozo, que sin considerar que estaba en la capilla, indeliberadamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios á quien debo mil veces mas que á mi padre, admirad conmigo las misericordias del Señor, ayudadme á darle gracias y pedidle que sostenga mi flaqueza.

El padre recibió esta efusion sensible de mi corazon con su dulce y modesta caridad, me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas mejillas con las mias y me respondió con una expresion enternecida: *Bendito sea el inmenso, omnipotente, santo Dios de Israel, sumo y eterno, que piadoso ha visitado á su pueblo y le ha librado de duro cautiverio.* Y después de haberme dicho otras muchas cosas de edificacion, me dijo: Vamos á vuestro cuarto.

Yo le seguí; pero, Teodoro, ¡qué diferente de mí mismo! No era aquel mortal grosero que cargado con el peso de sus delitos y uncido en el yugo de sus pasiones se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenia únicamente puestas sus esperanzas; era un espíritu ligero, que descargado de todo peso inútil, pretende volar al cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exagero nada. El hombre que sale de un calabozo oscuro, de una cueva inaccesible, donde ha pasado largo tiempo con pesadas cadenas que le oprimen y agobian, cuando puesto en libertad ve la luz y empieza á gozar de la suavidad del cétiro y de la claridad del dia, no se siente mas ligero ni mas consolado que yo me sentia entonces. Todo era nuevo para mí. El cielo me parecia mas plácido, la luz mas apacible y toda la naturaleza mas hermosa. Y si el primer esfuerzo de un tan indigno pecador produce en su alma una trasformacion tan prodigiosa, ¿cuál debe ser la felicidad del santo, que después de mucho tiempo tiene su corazon en el cielo y vive con su Dios?

Llegamos á mi estancia; el padre me dijo: Dios se ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia. Bendito sea. La primera ocupacion de vuestra vida sea, señor, darle cada dia gracias por tan incomparable beneficio, y que vuestro único cuidado sea pedirle el don especial de la perseverancia y trabajar por no perder sus frutos; pero no es esto de lo que quiera hablaros ahora, es razon dar un intervalo á nuestras tareas. Para que el celo se mantenga, es prudencia no fatigar el espíritu. Después hablaremos de los medios convenientes para conservar el precioso tesoro de la gracia.

Ahora solo queria deciros que después del tiempo que pasais en esta casa, todos los que la habitan y nuestro superior hubieran venido á ofreceros su respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. Yo no he querido que en estos dias de salud, en momentos de propiciacion tan favorables en que os disponíais á cooperar con las influencias celestiales, nada interrumpiese tan importantes y serias ocupaciones, ni causase la menor distraccion á vuestro espíritu; pero ahora que por la gracia del Señor habeis dado fin á vuestros ejercicios, si lo permitís, nuestro superior y algunos de nuestros padres mas ancianos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios y acompañar algunos ratos vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, padre, le respondí, que deseo saber qué casa es esta á donde el cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinterés y caridad y donde he encontrado el hombre que me ha destinado el cielo para sacarme del abismo de miserias en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, expresaros mi reconocimiento y pediros mo insinuásis los medios de manifestarle á quien debia. Vuestro ardiente celo, siempre ocupado en salvar mi alma y en instruirme de cuanto yo ignoraba, no ha dado lugar para que lo pudiera hacer. Por otra parte, estaba persuadido á que puesto por Dios en vuestras manos, debia obedeceros ciegamente, sin desviar con mi curiosidad ó mi solicitud los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra direccion; creia que nada era mas del caso que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia; y pues os dignais vos mismo de hablarme, no debo deciros sino que estoy dispuesto á cuanto me ordeneis.

Nosotros somos, señor, me dijo el padre, sacerdotes que venidos de diferentes países, nos hemos juntado en este retiro para evitar los peligros del mundo y vivir con la simplicidad evangélica. No vienen á esta casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente, todos los momentos de su existencia. No nos obligamos á mantenernos en ella por tiempo determinado. Estamos solo porque queremos, y pudiéramos dejarla en cualquiera hora. Nuestra obligacion única es de seguir, mientras estamos en ella, con fervor y fidelidad la regla con que se vive, edificarnos con los ejemplos de los muchos santos que la habitan y procurar no contristarlos con los nuestros.

A pesar de esta libertad y á pesar tambien de que la regla tiene por objeto abrazar la perfeccion del Evangelio en toda su extension, se ven pocos que la hayan abandonado. Dios nos sostiene con su gracia, y vos, señor, quedareis edificado al ver en ella los ancianos y los modernos obedecer con el mismo ardor y la mas fervorosa solicitud los mas penosos de nuestros estatutos, vereis que el tañido de una campana regla todos nuestros movimientos, y admirareis cómo á pesar de la edad y de las enfermedades, todos muestran con su agilidad la prontitud de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, segun nos manda nuestro superior, de dos en dos á recorrer los pueblos comarcanos y repartirles el pan de la

palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer misiones, y vamos cuando los magistrados del pueblo nos llaman ó cuando algun motivo nos persuade ser oportuno. Dos de nosotros publicamos la mision en el pueblo mas ó menos dias segun su poblacion. Predicamos todas las tardes; uno de nosotros los instruye en la doctrina cristiana, y el otro les predica las verdades eternas para despertarlos del comun olvido y convertirlos á su Dios. Las mañanas las pasamos en el confesonario, y el Señor que bendice nuestros trabajos nos da muchas veces el consuelo de ver útiles efectos de nuestro ministerio, ya instruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse, ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su pastor. En efecto, no podemos dejar de admirar en las verdaderas conversiones que vemos, la bondad del Señor sobre sus escogidos y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Cuando el tiempo de las misiones se concluye ó cuando acabamos de recorrer los pueblos á que fuimos destinados, volvemos á esta casa á observar la comun disciplina y aplicarnos con el mayor esfuerzo á aprender lo necesario para salir de nuevo. Nuestro superior arregla los tiempos y los destinos, teniendo cuidado de alternarlos, y por este medio mientras la mitad de la comunidad está en las villas y lugares instruyendo ó exhortando á los pueblos, la otra mitad está en la casa aplicada á los ejercicios religiosos, á la observancia de nuestros estatutos, y á nuestra propia instruccion para repetir nuestras misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la direccion de un superior á quien profesamos obediencia y que elegimos nosotros mismos cada tres años. El solo está encargado y cuida de todos los negocios de la casa. Todo está encomendado á su prudencia para que los demás desembarazados de toda aplicacion extraña puedan entregarse sin distraccion á los ejercicios religiosos. El superior es el único que puede eximirse, y por lo ordinario es el que nos estimula con su ejemplo y exactitud.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados, siempre juntos, siempre en presencia los unos de los otros, haciendo nuestros ejercicios en comun para sostener recíprocamente nuestro fervor. Para daros una idea del modo con que vivimos, os diré por menor las ocupaciones de un dia, y en la explicacion de uno os enterareis de todos, porque nuestros dias se parecen unos á otros, y cada dia y cada noche ven repetir las mismas ocupaciones.

A las cuatro de la mañana el toque de la campana nos llama al coro. Allí empezamos el dia por una hora de oracion; cada cual medita en secreto, eleva su corazón á Dios segun su espíritu le conduce, y le pide su socorro. Después nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios, entonando con respeto y pausa una parte del oficio divino y los himnos sagrados de la Iglesia. Esta santa salmodia nos dura dos horas, y cuando se acaba vamos á la Iglesia, y allí decimos la misa, ayudándonos alternativamente unos á otros. Cuando hemos acabado nuestros oficios, lo que suele ser á las ocho, nos juntamos todos en la biblioteca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral, que se examinan sucesivamente y cuya instruccion nos es necesaria para el uso del confesonario, porque allí no se trate sino de lo que puede dirigirnos en la resolucion y doctrina que debemos dar á los penitentes. Esta ocupacion dura hasta las diez, y volvemos al coro, donde decimos otra parte del oficio del dia, que dura hasta las once.

La campana nos avisa entonces que es hora de comer, y vamos todos juntos al refectorio, de donde nos encaminamos después á una capilla particular, en que damos á Dios gracias por la magnífica liberalidad con que nos concede los frutos de la tierra para sostener nuestra existencia. Después de esto es permitido á cada uno retirarse á su aposento, donde puede tomar reposo si le necesita, ó llenar aquel tiempo con lecturas piadosas ó devociones particulares de su gusto. A las dos vuelve la campana á sonar y nos avisa que debemos ir al coro á entonar la tercera y última parte del oficio del dia, y cuando se acaba rezamos de rodillas el Rosario para dar este tributo á la madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra, y por cuya intercesion esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la biblioteca para tener la conferencia de la tarde, que se reduce á examinar otros puntos de moral y todo lo que puede sernos útil en el destino de las misiones.

Este ejercicio dura hasta las siete que volvemos al coro para tener otra hora de oracion. Se nos leen algunos puntos de las verdades eternas y después cada uno se aplica en particular á su meditacion. Solamente los viernes ocupamos esta hora en hacer el *Via-Crucis*, que es un ejercicio devoto de la pasion y muerte de nuestro Redentor, y los martes uno de nuestros padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. A las ocho vamos á cenar, y después volvemos á la misma capilla, donde damos gracias al Señor y decimos juntos el oficio de la Vírgen para implorar su proteccion.

Todo esto se concluye á poco mas de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque como habeis visto, la mayor parte del dia estamos juntos, no nos es permitido hablar, á menos que la necesidad ó la caridad lo exijan. El rigor de esta ley nos es muy útil, porque evita la relajacion que pudiera introducirse, y tambien la distraccion.

Pero como tambien pide la caridad que hermanos que viven siempre juntos y que por tantos títulos deben amarse, puedan conferir entre sí, comunicarse sus pensamientos y excitarse mutuamente á sostenerse en la carrera que siguen y en el amor del Dios que adoran, un dia en la semana se nos permite el desahogo de una conversacion honesta y fraternal. Los domingos por la tarde cuando salimos de la iglesia después de acabar las vísperas y el rosario, en lugar de ir á la biblioteca podemos bajar juntos á tomar el aire, y nos es lícito hablar y conferir juntos hasta que llega la hora de la oracion.

Ved aquí, señor, la rueda de nuestros ejercicios, en que el fin de un dia nos prepara á observar igualmente el mismo método en el siguiente. Ya veis por esta descripcion que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentacion. Ya podeis ver tambien que no hay ninguna austeridad extraordinaria; esta se reserva al espíritu de cada uno. Sin embargo, la flaqueza humana es tanta, que esta repeticion continua de actos siempre lo mismo pudiera hacerse fastidiosa y repugnar á la naturaleza, si no la socorriera la piedad divina.

Gracias á su bondad, nosotros sufrimos poco en este género de vida, todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfaccion. Separados del mundo y de sus agitaciones, desembarazados de todo afan que nos inquiete, de todo cuidado que nos fatigue, viviendo á expensas de la Providencia, sin temor de los hombres y confiados en Dios, procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento en que nos llame á la puerta y nos conduzca á la patria celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus ejemplos; pero entre todos tenemos muchos grandes y sobresalientes espejos de virtud y de mortificacion, tenemos varones eminentes en sabiduría, y tambien lo son en virtudes, hombres cuya existencia es una oracion continua, que siempre en presencia de su Dios, parece que ya no viven en la tierra, sino en el cielo, que superiores al mundo no los conserva el Señor sino para que detengan sus venganzas contra tantos pecadores que le insultan y tantos imperfectos que le deshonran.

Yo quisiera, señor, que los viérais. Su aspecto solo inspira veneracion y amor á la virtud. Son monumentos vivos del Evangelio, y espejos en que resplandece toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conoceréis que hay felicidad fuera del mundo, ó para expresarme mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Cuarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y oscura les han dado esta dulzura de carácter, esta serenidad de alma que manifiesta su apacible y tranquilo semblante. Se os harán sensibles las ventajas de la virtud cuando veais la amenidad de sus discursos y la paz que reina en su corazon. Estos venerables varones respiran el buen olor de Jesucristo y son unas copias animadas de tan divino modelo. Su presencia sola persuade mas que todos los discursos, porque presentando una imágen visible de santidad, muestran al mismo tiempo cuán amable es la virtud.

¡Ah! si las gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas ilusiones que los alucinan para ver con una mirada atenta la paz y la claridad con que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios, si pudieran observar la alegría con que corren sus dias tranquilos y la dulce esperanza con que aguardan sosegados la muerte, ¡oh y qué presto abandonarian las tempestuosas pasiones con que se agitan, y vendrian á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

Permitidme pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro superior y á algunos de nuestros padres para que vengan á presentaros sus respetos, y que al mismo tiempo os deshoguels un instante de los largos y penosos trabajos que habeis emprendido, con la amenidad de su dulce conversacion; estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia no pueden dejar de seros agradables y de confirmaros en vuestros intentos de aspirar á la virtud. Yo respondí al padre que estaba dispuesto á hacer lo que me mandase, pero que me parecia mas á propósito que fuese yo mismo á dar al padre superior gracias de haberme permitido estar en su casa tanto tiempo y haberme dado lo necesario con tanta bondad. ¿Pues quereis venir vos mismo? vamos, señor, me dijo el padre levantándose, y yo le seguí.

Llevóme á un aposento en que ví un anciano venerable que salió á recibirnos con la mayor urbanidad. A pesar de sus canas, indicios de su vejez, estaba todavía lleno de agilidad. La tez de su semblante lisa y reluciente y la alegre viveza de sus ojos, mostraba su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamás habia yo visto vejez tan hermosa ni recibimiento tan gracioso. Pocos dias antes le hubiera visto como un viejo insensato, como un hombre iluso, y mi corazon lleno de desprecio apenas hubiera detenido la vista en su simplicidad; pero ¡qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el espíritu de Dios! ¡cuántas cosas ven que no pueden ver los que están preocupados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneracion que jamás hombre alguno me habia inspirado, y los mayores soberanos de la tierra no me hubieran hecho mas profunda sensacion.

El padre me presentó al superior, yo procuré explicarle mi gratitud. El me respondió con términos amables y corteses, que redoblaron mi reconocimiento. No era su atencion urbana aquella afectada cortesía con que se explica el mundo y que no es otra cosa que el arte frívolo de hacer frases y decir palabras que lo prometen todo y nada significan. Eran expresiones verdaderas y enérgicas, eran discursos que la sinceridad imprimia en sus labios y que ratificaba el corazon, eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad fraterna y que su orígen se deriva del cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Después de haber pasado algun tiempo en varios discursos en que no pude ver la menor curiosidad de su parte y que circularon únicamente sobre los objetos de su propia casa, oimos la campana y el superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del coro porque habia convenido con el padre de que le esperaria para iros á ver; vos os habeis dignado prevenirme. Si os dignárais tambien de venir á comer con nosotros, daríais mucho gusto á toda la comunidad.

Esta proposicion me sorprendió; yo no la esperaba, y me quedé un instante perplejo. No dejaba de conocer cuántas ventajas y placeres me proporcionaba este convite; pero luchaba contra mi gusto un secreto sentimiento de mi indignidad. A pesar de esto me resolví, y después de pocos momentos de suspension, le respondí que me reputaba por muy feliz de que así me favoreciese. Salimos pues y fuimos juntos á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos padres que esperaban al superior para que diera la bendicion, me vieron sin sorpresa y como acostumbrados á ver extranjeros; pero todos me saludaron con un aire de benevolencia amistosa. El superior me hizo sentar á su lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Mientras todos comian, un lector leia un libro que referia los hechos ilustres de los santos; pero yo no podia comer, atónito de verme en lugar tan poco merecido. Cuando yo consideraba que por la primera vez de mi vida me veia entre hombres de esta clase, entre santos, que queridos de Dios eran objeto de su complacencia, entre ángeles, en fin, que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el cielo, sentia una especie de horror contra mí mismo, pero percibia un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho y en la resolucion de imitarlos.

Acabada la mesa fuí con ellos á la capilla á dar gracias, después el superior y mi director me condujeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que descansase; pero yo supliqué al superior que pues se habia servido de iniciarme en su santa comunidad, me permitiese el asistir á todos sus ejercicios. El superior me representó que podian ser penosos para quien no estaba acostumbrado; pero habiendo insistido, me lo concedió, añadiéndome que por acaso era aquel dia el de la recreacion, y que podria después de vísperas ir á pasar á la huerta con los padres. Mi director me prometió venir cuando fuera hora para conducirme al coro, y me quedé solo. No te diré las reflexiones que entonces hice, porque me llama la consideracion de otras cosas.

Vino el padre á la hora, y cuando llegamos al coro ya le encontramos lleno de padres, que se preparaban á cantar vísperas y completas; pero ¡cómo te pintaré, Teodoro, la impresion que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí! ¡No! yo no tenia idea de un culto tan respetuoso y tan augusto, de una reverencia tan verdadera y tan profunda. Parecia que aquellos varones, penetrados de la presencia del Dios de quien iban á cantar las alabanzas, olvidados de la tierra elevaban al cielo sus corazones. ¡Qué compañeion, Teodoro! ¡qué afectos en sus voces! ¡qué humildad en sus oraciones!

Yo estaba como encantado. Me arrebataba el tono pausado y majestuoso con que cantaban los himnos y los salmos, me enternecia la uncion reverente con que los expresaban, el asombro, la ternura me sacaban lágrimas de los ojos. Yo me decia: ¡cómo no penetrarán hasta el cielo ruegos tan puros, súplicas tan fervorosas? ¡Ah! sin duda que estos son los que detienen el brazo de Dios contra los impíos. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina! Acabado el oficio se pusieron todos de rodillas y rezaron el rosario de María. Yo noté alguna diferencia en la expresion de sus sentimientos; me pareció que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza mas tierna y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el coro, todos los padres salieron, y llegándose á mí el superior y mi director, me dijeron: Hoy es dia de huerta, todos van á ella á desahogarse y ejercitar la caridad y benevolencia recíproca, pues no lo pueden hacer entre semana. Yo fuí con mis guias, y cuando llegamos á la huerta los vimos reunidos en diferentes grupos ó corros, que se paseaban y conversaban entre sí; pero desde que nos vieron se acercaron á nosotros y nos saludaron con mucha urbanidad y cortesía. No se notaba en su porte exterior ninguna de aquellas afectaciones con que el mundo suele ostentar afectos de que carece. Era una benevolencia tranquila pero sincera, una cordialidad simple pero franca. Se llegaron á mí con la misma confianza que si me hubieran tratado antes; parece no veian en mí otra cosa que un hermano, un hombre como ellos, una criatura de Dios á la que debian amor y buena voluntad.

Yo pasé algun tiempo en su compañía, ya paseándome con unos, ya sentándome con otros, y oyéndolos á todos; no advertí en ninguno la menor indiscrecion ni curiosidad que me pudiese humillar. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos. La mayor parte tenia por objeto las cosas naturales que se presentaban, y yo observé que aun cuando hablaban de la tierra elevaban su espíritu al cielo, pues si admiraban ó descubrian la naturaleza, era para levantar su corazon y sus pensamientos hasta su autor. Todas sus reflexiones iban á parar á la causa universal de todo bien, y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una incesante alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí, de la que tendrian actualmente mis amigos y de la que yo tuviera sin un prodigio de la bondad divina. Estas ideas me producian una satisfaccion interior que jamás las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡Ay, Teodoro! ¡cómo me acordaba de tí! ¡cómo hubiera querido tenerte en mi compañía! ¡cómo deseaba que sintieras mis nuevos placeres y que tambien te desengañaras de tus errores! En estas y semejantes ideas se me pasaba el tiempo con la velocidad del relámpago, la campana avisó que era ya la hora de oracion, y volví con los padres al coro.

Allí se nos leyó el punto de meditacion, y hago memoria que fué de la muerte. Cuando se apagó la luz y quedamos en tinieblas, yo quise sujetar mi espíritu á repasar las ideas que deben excitarnos á la preparacion de tan terrible lance; pero no podia. No estaba acostumbrado á recoger mis pensamientos. Por otra parte, estaba tan lleno de los nuevos objetos que me ocupaban, que mi imaginacion los divisaba y corria por ellos. Yo mismo era un espectáculo para mí tan nuevo como increible. Cuando volvia los ojos á considerarme y me veia de rodillas, á oscuras y rodeado de tantas almas santas que habian consagrado á Dios una vida inocente ó expiaban ligeras faltas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apenas podia creerlo, y veia en esta tan rápida como prodigiosa trasformacion de mi existencia, toda la fuerza del poder divino y la extension de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escapaban á aquellos inflamados corazones y que eran lo único que interrumpia la perpetuidad de su silencio, me traspasaban el corazon. Me parecia que la majestad del Eterno estaba sobre las bóvedas, que venia al ruego de los santos que le invocaban, que llenaba con su presencia toda la amplitud de su templo, que invisible escudriñador de los corazones, penetraba el secreto de los nuestros, que complacido con la inocencia de tantos justos veria con horror la larga serie de mis depravaciones. Esta idea me horrorizaba, y el grito secreto de mi corazon le decia: Dios de misericordia, si en estas almas santas ves candor, pureza y virtudes, ya por tu bondad ves en la mia dolor, arrepentimiento y deseos.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo, y sobre todo á tí y á mis engañados amigos, testigos de esta muda y religiosa escena, en que el peor de sus iguales convertido á su Dios y puesto en su presencia imploraba ya su piedad por sí y por ellos! Sí, Teodoro, á pesar del conocimiento de mi indignidad, yo me atreví á dirigir mi corazon á este Dios bajo cuya mano me humillaba, y yo le pedí que usase contigo y los demás compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle: Tú has escogido al peor de todos para hacerlo vaso de tu misericordia; extiéndela, Señor, á tantos infelices. ¡Ah, Teodoro! si el ruego de un indigno puede llegar hasta su trono, habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora; jamás he sentido menos la sucesion del tiempo: yo creia que empezaba, cuando la campana avisó que era hora de cenar. Volvimos otra vez todos á la sala en que se comia y donde se nos sirvió una ligera refeccion. De allí volvimos á la capilla, donde se dan las gracias y donde se dijo una parte del oficio de María. ¡Pobre de mí! ¡pobre ignorante! Yo no pude decirle porque no sabia nada; pero me uní de corazon con los labios que repetian las alabanzas de la grande Madre. Yo la prometí aprenderle y la pedí su proteccion. Este es el último de los ejercicios del dia; luego que se acabó, dos padres me llevaron á mi cuarto, me dieron las buenas noches y se retiraron.

Quedé solo, Teodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentia algo fatigado de los movimientos de aquel dia. Me senté en una silla, y sin saber cómo, los pensamientos que me cruzaban por el alma volvieron á ocuparme de tal modo, que pasé mucho tiempo en una especie de suspension que no sé si la llame éxtasis ó embeleso. Ella era sin duda oracion, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veia, esta especie de gentes de un órden tan nuevo como superior, que yo habia despreciado tanto y que ahora eran el objeto de mi envidia y de mi veneracion, el inmenso intervalo que observaba de mí mismo en la diferencia de tan pocos dias, todo esto me llenaba de admiracion y gratitud.

Sentia que mi corazon era otro, que mis ideas eran diferentes, que mis opiniones se habian mudado enteramente. Sobre todo, mis ojos me parecian otros, pues veia los objetos de otra manera muy contraria. Lo que antes me parecia hermoso y agradable, me parecia ahora pérfido y odioso. El mundo, sus halagos y pompas que tanto me habian encantado, me parecian ahora ilusiones mentirosas, prestigios engañosos. La virtud que me habia parecido tan necia me parecia la única ciencia verdadera. Su austeridad se me habia trasmorado en dulzura y su dureza en consuelo.

¿Cómo, me decia yo, ha podido mi juicio trastornarse de esta suerte? Era, Teodoro, porque ya empezaba á juzgar no por las falsas máximas del mundo, sino por las del cielo; porque ya no me detenia en su engañoso esplendor, sino que penetraba su interior y verdad. Ya tenia una regla que me debia conducir, y era el Evangelio. Ya no estimaba las cosas sino como Dios las estima, y no podia dejar de exclamar: ¡Pobre de mí! yo era un insensato, yo vivia descaminado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando que lo decia aun en tiempo.

Así pasé un gran rato; pero estos pensamientos mas me servian de consuelo que de pena. Ya mi arrepentimiento no era amargo ni mis remordimientos devoradores; mi tristeza se consolaba con esperanzas, y mi conciencia, aunque afligida, no me atormentaba. Salí de esta suspension para ponerme en el lecho. Yo habia pedido al padre hiciese que el despertador de la comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus ejercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir, y así acabé este dia, el mejor de mi vida, el único dia completo para mí y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga que los que me quedan que pasar sobre la tierra se le parezcan, y que acabe bien una vida que hasta ahora ha sido tan mala. Adios, amigo.

CARTA XXX.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Yo dormia, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué que estaba entre los brazos de un Dios que con su inmensidad lo abraza todo y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oracion, y esto sucedia siempre que iba al coro, pues por mas prisa que me daba siempre se adelantaban los padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente, la mia fué algo mas sosegada, ya pude tranquilizar mas mi imaginacion; las ideas se me representaban con órden, y cada momento veia con mas claridad el abismo de que me habia sacado la Providencia.

Después de la oracion se dijeron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia, unia mi corazon con la pausada y majestuosa uncion con que recitaban los salmos; después muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir misa, mi director me previno que ya no la diria en la capilla y que desde el coro la podia oir en la iglesia. Así lo hice, y cuando acabó de dar gracias volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos emplear mejor el tiempo, y si quereis iremos á vuestro cuarto y nos ocuparemos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al coro. Yo le respondí que estaba pronto á seguirle y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa

entró con Simon. El padre quiso retirarse diciendo que lo hacia para que hablásemos con libertad; pero le representé que no tenia ningun secreto para él, y así se quedó. Simon me dijo que ya todo estaba segun se lo habia prevenido y que mis hijos y criados se habian trasladado á la casa de campo, que estaba ya proveida de todos los muebles y demás cosas necesarias para habitarla; que así era dueño de ir cuando quisiera, que mis hijos y demás familia se consolaron mucho con la noticia que les dió de haberme hallado y con la esperanza de que me verian prontamente; que le habian manifestado mucho interés y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan oscura ausencia; pero que él con arreglo á mis órdenes no les dijo nada, dándoles esperanzas que muy presto lo sabrian y encargándoles al mismo tiempo no lo dijesen á nadie porque así convenia.

Que por esta razon no habia visto á ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el objeto de su comision, que sin embargo habia sabido que el extranjero se fué á su pais, y que tú te mantenias bueno, haciendo tu servicio en palacio, que estabas ya para concluir. Agradecí á Simon su celo y diligencia, sobre todo la exactitud con que habia guardado mi secreto, y le añadí: Yo hubiera deseado que no hubieras sido tan diligente; me hallo bien aquí y no quisiera dejar esta casa tan presto.

El padre me respondió que Simon volvia oportunamente, pues ya cumplido el fin de mi detencion, debia pensar en mis obligaciones particulares, cuales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le repliqué que así era; pero que algunos dias mas que yo pasase en tan santa compañía, no podian causar mucho perjuicio á mi casa, y me serian muy útiles para cumplir después mejor con mis obligaciones, pues el dia anterior en que fuí testigo y compañero de aquellos angelicales varones, me edifiqué sobremanera, excitando en mi corazon vivos deseos de imitarlos y que algunos dias me serian muy útiles para fortificarme en estas disposiciones.

El padre me dijo que yo era dueño de hacer lo que quisiera, y convenimos en que permaneceria hasta el otro domingo, con lo que sentí un consuelo inexplicable, pues podia habitar una semana mas en esta casa de Dios. Volví á llamar á Simon, y habiéndole explicado mi resolucion, le mandé se volviese á mi casa de campo para asegurar á mis hijos que aquel dia me verian, y le encargué que él mismo volviese para conducirme.

Esta conversacion duró hasta que la campana volvió á sonar, dí órden á Simon de que se fuera y yo volví otra vez al coro con el padre. Aquí debo advertir, Teodoro, para evitar repeticiones, que pasé esta feliz semana, la mas dichosa y la mas dulce de mi vida, acompañando á esta bendita comunidad en todos sus ejercicios diarios, sin mas diferencia que cuando los padres iban á la biblioteca á sus conferencias de moral, mi director venia conmigo á mi estancia, donde su santo celo se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones y en darme reglas para la vida cristiana que me propia hacer. Aunque estas conversaciones fueron varias, yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo, ó á lo menos lo que hizo mas impresion en mi memoria; porque debo añadirte que como tenia ocupado todo el dia, no me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel dia me dijo el padre: Dios, señor, os ha hecho una gracia muy grande, muy rara, y debeis reconocer que poco merecida; pero es necesario guardarla con el mayor esmero. La gracia de Dios es el único, el soberano de los dones; pero la llevamos en un vaso frágil y no hay afan ni cuidado que baste para no aventurarle. Vos conoceis su importancia, vos me pareceis determinado á conservarle á toda costa, sabeis que este bien que se os ha dado tan gratuitamente os impone grandes obligaciones; no perdais pues de vista los medios necesarios para sostener el santo y augusto carácter en que la bondad de Dios os ha restablecido.

Para esto os basta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el Evangelio. Todas las instrucciones que los confesores dan, no os harán adelantar un paso en el camino de la virtud si perdeis este gusto de Dios, este amor santo del recogimiento y esta delicadeza de conciencia que nos hace aprovechar con ardor cuantas ocasiones se nos presentan de meditar los años eternos y renovar nuestro corazon en el seno de nuestro Dios. Solo este atractivo divino, esta inclinacion filial que siente nuestra alma para cuanto nos recuerda la presencia de nuestro libertador y nuestro Padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud y sellar la firmeza de nuestra adopcion para la gloria de Dios.

¿Sabeis, señor, por qué tantos hombres débiles después de haber dado algunos pasos vigorosos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abismo? ¿Y sabeis cuál es la causa de su desgracia que suele conducirlos á la eterna? No es la determinacion súbita y expresa de su voluntad, que se ha mudado de repente; es la relajacion insensible y progresiva del cuidado y atencion que ponian en recogerse á adorar y orar, como se tiene de ordinario al principio cuando se siente la dicha de haber recobrado la virtud. Vivid pues, señor, con la atencion mas vigilante, y si alguna vez sentís que renace en vuestra alma la necesidad de esparciros y correr tras de diversiones frívolas, volved sobre vos mismo, detenedos y considerad como un hombre cuya imprudencia le ha vuelto á poner en el borde del precipicio de que habia salido con tanta alegría.

No digo por esto que sea un crímen distraerse ó divertirse en las inocentes ocupaciones de la vida; pero digo que es muy mala disposicion, y corre mucho peligro el corazon, á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Empieza á descaecer aquel que cuando los concede á la flaqueza humana ó á la decencia y necesidad de su estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres mas sólidos y puros en el silencio de la vida doméstica ó en la soledad de su corazon. Porque entonces toda la fuerza interior se destruye en degradaciones insensibles, el alma vuelve á anudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atada á los objetos sensibles el corazon se seca, el espíritu vuelve á perderse en sus fútiles pensamientos.

Aquella inmensa majestad que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza á medida que las ilusiones vanas se apoderan nuevamente de nuestra alma. En breve las serias y austeras verdades de la fe se alejan, se esconden y se desaparecen. Si alguna vez se nos presentan es á gran distancia y como si fueran extranjeras; entonces los sentidos

libres del freno que los contenia, no necesitan ya mas que de su propio impulso para desviarse, para hacernos perder en un instante el fruto de nuestros largos gemidos, y sumergirnos de nuevo en una miseria mas deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa mas cierta que el recogimiento interior, ó sea el cuidado del propio corazon; es la primera base de las virtudes, el mas importante esfuerzo del cristiano y la única prueba segura de la verdad y solidez de nuestra conversion. Siempre me ha causado extrañeza ver que hombres llenos de luces y de religion hablen de la vida interior como de un grado de perfeccion que no obliga á todos. Me parece que esto es trastornar el edificio de la fe y decir que es el último punto de altura á que puede llegar lo que es su cimiento necesario.

Por eso dijo Jesucristo (1): Que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos; y por eso la calma de los sentidos y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí son esencialmente los preceptos elementales de la vida evangélica y la sustancia de las obligaciones del cristiano. Jesucristo nos arma contra todo lo que nos saca de nosotros mismos, para que buscando el reino de los cielos por medio de las virtudes, logremos la mas alta y mas gloriosa empresa que jamás ha podido proponerse á los hombres, y en esto no hace otra cosa que prescribirnos la precaucion que cada hombre toma naturalmente en los negocios mas ordinarios de la vida.

Es tan cierto, señor, que este cuidado de huir del tumulto y concentrarse en su interior es el primero y el mas natural movimiento del corazon, cuando se convierte á su Dios, que vos mismo podeis ser testigo de esta verdad. ¿No es cierto que desde el momento en que vuestro corazon se hizo el trono de la gloria divina, vos os habeis sumergido en él, como en el único asilo que podia presentaros sólidos consuelos? ¿No es verdad que habeis sentido que una luz extraordinaria brillaba en medio de vuestra alma, y que os habeis encerrado con ella, sin que fuera menester que nadie os advirtiese de lo que debíais adorar? ¿Y que vos mismo fuísteis á buscarlo dentro de vos mismo, donde antes no lo podíais hallar? Yo confesé al padre la exactitud de su observacion, y continuó:

Es imposible, señor, que por mas sincera que haya sido la conversion, por mas eficaz que sea la disposicion del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la pureza de la vida si no se ayuda con los remedios cristianos, sobre todo con la oracion y vigilancia. Muchos convertidos piensan que les basta mudar de costumbres y se contentan con la resolucion de no volver á pecar. Sin duda que esta es la primera disposicion; pero no reflexionan que para no volver á pecar no basta la simple resolucion, y que es menester reforzar la propia flaqueza con los medios que la religion nos enseña. El que no los practique tendrá contra sí todos los enemigos conjurados, el mundo con todos sus errores é ilusiones, el demonio con todas sus sugestiones y sus artes, la carne con todos sus atractivos y placeres y su propio corazon con toda su corrupcion y su flaqueza. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es menester todo nuestro esfuerzo ayudado de la divina gracia; pero esta gracia no se da de ordinario sino al que por su parte tambien se esfuerza, se desvela y la pide.

(1) *Luc. XVII, 21.*

Se puede asegurar que por mas resuelto que esté á mejorar su vida el convertido, si no se emplea en la oracion, la vigilancia, la buena lectura, los buenos ejemplos y los sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver á peores y mas funestas relajaciones. Si vos pues no quereis recaer en tan fatal desgracia, usad continuamente de todos estos devotos ejercicios. Dos grandes objetos deben ocupar vuestra atencion. El primero lo que debeis á Dios, y este le cumpliréis con los actos de vuestra religion y la obediencia de la ley. El segundo lo que debeis al prójimo y este, se ejecuta cumpliendo con las obligaciones del estado y con las obras de misericordia.

Pero para observar uno y otro es indispensable reglar en cuanto se pueda toda la extension del tiempo, dando á cada dia con regla y método lo que cabe en él con proporcion á nuestras obligaciones respectivas. Debeis pues reglar el vuesrro dando á Dios todo lo que podais sin embarazo de lo que vuestro estado exige, y siempre mirando á Dios en todas vuestras acciones, aun en vuestras recreaciones inocentes. El tiempo así empleado nos conduce á la eternidad, libra de tentaciones, afirma en la virtud y nos facilita los socorros del cielo.

Empezad pues por ofrecer á Dios las primicias del dia y emplead la primera hora en adorarle y meditar su santa ley. No busqueis ni me pregunteis jamás el método que se debe observar en este ejercicio tan glorioso como consolador. No os sujeteis jamás á formas que no harian mas que cautivaros y turbaros en una accion propia del corazon y de los afectos. No hay reglas para amar y todo debe ser amor. Todo es bueno, grande, heróico y divino cuando procede de una alma que no busca mas que á su Dios y que solo arde en deseos de unirse con él íntimamente.

El que ama, adora, invoca, agradece, cree, espera, se arrepiente y hace cuanto debe hacer. El avaro está inmóvil en su tesoro, no habla, pero le mira y goza. Dios es el vuestro señor; y si vuestro corazon se halla bien cuando se lo dice, repetídselo millares de veces, dejad que se abandone al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento. Cuando no le dijérais otra cosa y que pasárais toda vuestra vida en penetraros de este único pensamiento, no la pudiérais ocupar en mas perfecto y sublime ejercicio. Id á Dios en derechura, y buscad su bondad amorosa como el niño busca la presencia del padre que ama y de quien necesita. El niño no se inquieta por saber cómo se presentará al autor de sus dias, no estudia lo que dirá á su padre; su ternura le basta, su amor le inspira el modo de explicar lo que siente y de pedir lo que desea.

Esta oracion de la mañana no debe ser mas que el principio de la de todo el dia, porque todo el dia debe ser una oracion continua. No olvideis jamás que en cualquier parte que esteis, Dios os está viendo. Acostumbraos á no perder de vista esta imágen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del cristiano para elevarle á las mas sublimes virtudes y el mas poderoso correctivo para fortalecerle contra las tentaciones. Que todo lo que hagais, hasta el comer y dormir, sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así y porque son los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas y volver al ejercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo y en medio de cualquier ocupacion vuestro corazon se levante á Dios que le mira, que le adore y le pida su socorro. Para que la oracion sea eficaz, no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el profeta (1): "Mis ojos estarán siempre delante del Señor, porque él solo puede librarme de los riesgos en que estoy." Este es el modelo de la buena oracion cuando el alma dirige constantemente al Señor la atencion de su espíritu y los afectos de su corazon, y cuando se presenta á su Dios como un infeliz rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial proteccion.

La oracion de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque es corta sino porque es superficial, porque no es humilde ó porque no es confiada. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo su corazon como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor le libraria. Si quereis pues que vuestra oracion llegue hasta el cielo y no vuelva vacía, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiada. Así pidió el publicano del Evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo y de los enemigos que os rodean; los mas peligrosos son nuestras pasiones: pedid pues socorro contra ellas.

Esta especie de oracion es tan necesaria al justo como al pecador, porque el primero á pesar de su justicia sufre en sí mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de concupiscencia que le combaten y malas inclinaciones que le afligen. El pecador está en un estado tan deplorable, que cada dia se agravan sus cadenas, se desordenan mas sus pasiones y su conducta se endurece. ¡Situacion espantosa! ¡Dichoso si alguno lo conoce y se humilla!

Buscad al Señor. Esta palabra contiene grandes sentidos, y pocos conocen su extension. Buscad al Señor, decia Isaías (1), ahora que se le puede hallar. Todos deben buscarle, y mas los pecadores que por una dispensacion de la gracia han salido de tan fatal estado y se sienten movidos á renovarse sirviendo á Dios, dándose á la oracion, huyendo del mundo y entregándose al amor divino. Si no siguen con fervor esta voz interior que los llama, corren mucho peligro, y deben temer que de la tibieza caerán en el pecado y del pecado en la reprobacion.

Buscadle pues y esperadle tambien. Si á pesar de vuestros esfuerzos no sentís la uncion de la gracia, no hay que abatirse ni desesperarse: paciencia, constancia, humildad, y el Señor vendrá. Es fiel y no engaña jamás. Es inexplicable la confianza de los santos en el Señor. Nada desean, nada temen ni esperan del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Buscadle pues, señor, esperad en su benigna providencia, y penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que teneis de unir y encadenar vuestra flaqueza con esta grande fuerza en quien reside el principio de cuanto existe; buscadle con una vigilancia infatigable en alejar de vos lo que puede debilitar la impresion de las verdades eternas, y buscadle con una atencion continua á este pensamiento tan poco meditado como poco sentido, que el seno de Dios es tan necesario á la vida espiritual de nuestras almas, como el de los rios á cuanto vive en ellos.

(1) *Psalm. XXIV*, 15.
(1) *Cap. LV*, 6.

Después de lo que debeis á Dios y á la religion, nada sea para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debeis á vuestro estado y al lugar que ocupais en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa que cumplir con las obligaciones de su estado, y la exactitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posicion social es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turba el órden puede servir á la virtud, y nadie puede glorificar á Dios con obras que aunque buenas en sí mismas, se han hecho á costa de un tiempo que se debia á otro.

¡Dichoso, señor, mil veces dichoso el hombre que ama el estado en que vive! ¡De cuántas penas, disgustos y fastidios lo libra esta disposicion preciosa! Pero solo la religion puede darla, porque solo ella da un precio infinito al cabal desempeño de las propias obligaciones, y por consiguiente ella sola puede inspirar que aunque sean penosas se cumplan con amor y con gusto. El buen cristiano se tiene por feliz cuando se oculta en el recinto de los encargos que la divina Providencia le ha señalado, porque sabe que allí solo es donde puede hallar los tesoros verdaderos, porque sabe que aunque se aplique á las mas bajas y humildes ocupaciones, es mas grande á los ojos de Dios en su oscuridad, que si se ocupara en el brillante afan de gobernar la tierra; porque sabe que está donde Dios quiero que esté, que hace lo que Dios quiere que haga, por consiguiente que está en la mas noble y honrosa situacion en que pueda verse una criatura; y porque sabe, en fin, que en ese rincon oscuro donde Dios le tiene, vive para aquel á quien el poder y la gracia pertenecen en el cielo y la tierra, y que cada instante de su duracion le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debeis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos y que para asegurar su salvacion no es menester recurrir á prácticas difíciles ni hacerse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La religion nos encuentra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado. No nos prescribe sino lo que naturalmente debiéramos hacer todos los dias. Lo que únicamente pretende es elevar nuestras ideas, purificar nuestros motivos, y hacernos felices, imprimiendo á nuestras intenciones un carácter de sublimidad que las haga útiles á nuestro interés eterno. Querer abrirse caminos nuevos y singulares, suele ser una especie de fausto y ostentacion que ofende á la modestia evangélica y degrada la verdadera penitencia.

El discípulo de Jesucristo teme todo lo que puede distinguirle. Su mayor seguridad consiste en hacer las cosas mas comunes con miras superiores y divinas, desempeñar las obligaciones mas ligeras con un corazon magnánimo y entero, y practicar en su casa ó en el santuario del Señor lo que la religion le prescribe, pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen ejemplo. Entonces toda es verdad y sustancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior, y sin separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con

un carácter que le eleva sobre las dominaciones y los tronos.

Considerad, señor, la mujer fuerte, de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados libros. ¿Dónde la encontraremos? dice; el que la halle la debe admirar y colmar de alabanzas; todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse con el valor de tan raro tesoro. Oyendo tan ponderado elogio se persuadirá alguno que habla de una criatura extraordinaria, de una persona destinada á asombrar el universo con prodigiosas y singulares acciones; pero no es así, y para que ninguno se engañe, el Espíritu divino se apresura á explicarnos los títulos de su mérito y grandeza.

Nos la retrata diciendo (1) que está encerrada en su casa y aplicada á todos los negocios domésticos de su administracion interior; que está en todo, que cuida de todo, que hace que todo esté en órden y que en los intervalos que la dejan la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos y los afanes de sus criados, trabaja con su industriosa mano la lana y el lino; que mientras su esposo ejerce en la ciudad graves funciones, sosteniendo con dignidad un carácter público en el senado con los grandes, ella se divierte con un trabajo sosegado, pero útil, pues no se desdeña de manejar la rueca con sus manos.

Esta, pues, es una mujer que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que sin meter ruido vive en la paz y silencio de su casa, que camina en presencia del Señor con la inocencia y simplicidad de su corazon; y esta es la que en el último de los dias nadará en la alegría, la que por en medio de la innumerable muchedumbre de generaciones se levantará con tierna y noble confianza ante el terrible tribunal cuyo formidable aparato hará temblar todos los potentados de la tierra; y ella tomará su lugar en la ciudad de Dios entre los héroes de la gracia y de la eternidad.

No, señor; el espíritu y los preceptos de la fe no presentan nada que pueda desalentar y sorprender á los que conservan alguna impresion natural de todo lo que es virtud, órden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad y siente la necesidad y la justicia del moral del Evangelio. Cuando meditamos con buena fe, no podemos dejar de conocer que este moral es hecho para el hombre y el que la puede ser mas ventajoso, y que aun cuando tuviera un orígen menos augusto, no pudiéramos buscar regla mejor para nuestra vida y costumbres. Se pudiera decir que este moral puro no hace otra cosa que volver á conducir á nuestra razon y corazon á su propio centro, haciendo revivir en nuestras almas las luces y principios que habian nacido con nosotros. Lo único que hay en él de extraordinario y asombroso es en nuestro favor y para el logro de nuestros deseos mas fervientes, pues es la revelacion y promesa de un destino eternamente feliz, que sin ella nunca hubiéramos podido conocer ni esperar.

La sabiduría eterna no descendió á la tierra para enseñarnos á hacer milagros ni para que hiciésemos obras portentosas. "La gracia de un Dios Salvador, dice san Pablo (1), vino á resplandecer en medio de los hombres para enseñarles á arrojar lejos de ellos toda impiedad y todos los deseos groseros de las pasiones y sentidos, á vivir en la tierra con sobriedad, justicia y caridad, esperando el cumplimiento de la dichosa esperanza y el advenimiento de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se sacrificó por nosotros á fin de purificarnos de toda mancha y consagrarse un pueblo escogido, que no se aplicaria sino á la práctica de lo que es bueno, justo y honesto." Estas pocas palabras incluyen la mas sana y mas ilustrada filosofía que se ha presentado jamás á los hombres, y no tiene otra cosa que sea religiosa y sobrenatural que añadir una sancion divina y prometer una eternidad de gloria á acciones y sentimientos que residen naturalmente en el corazon de todas las personas honradas, elevándose á tan alto fin.

Ved aquí pues el compendio de toda religion cristiana: amar á Dios sobre todo y mas que todo, adorar al Criador del universo por su divino Verbo, obedecer la santa ley que este promulgó en el Evangelio, creer todo lo que la Iglesia su esposa, á quien asiste, nos enseña, practicar todos los actos del culto que nos prescribe, hacer profesion pública de este culto, amar por Dios á todos los hombres como hermanos ó hijos del mismo Padre, ejercer con ellos todas las obras de misericordia y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto, sean altas ó bajas, penosas ó agradables. Todo esto es fácil y dulce á las almas sostenidas de la gracia, pero muy áspera y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del cristiano es que esta gracia se pide y se obtiene, que Dios la da siempre al que la implora, y este es el ejercicio de la oracion. Tambien sabe que Dios no la niega á quien humildemente se la pide, y este es el necesario afan de la vigilancia cristiana: *Velad y orad*, decia Jesucristo, y en estas palabras está encerrada toda la doctrina de la vida.

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados y que conduce mas presto, es la meditacion continua de la muerte y de la eternidad que la sucede. No hay asunto de tan grande importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba y que luego llegará el dia en que Dios la juzgará segun sus obras. El tiempo comparado con la eternidad es menos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud y cuanto la imaginacion presenta, son menos que la nada cuando se comparan con la gloria que nos espera. Es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo cuando emplea toda su aplicacion y afan en obtener bienes tan frívolos y que duran tan poco. Nosotros quisiéramos ser siempre felices; pero como la muerte es inevitable, debemos mudar nuestras ideas y buscar una felicidad que no pueda quitársenos.

La muerte es justa cuando rompe nuestros designios, pues son desarreglados, y lejos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; su pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece aprecio. Ella es la que levanta el velo y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles. Ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los acerca tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerdo quiere en todo tiempo desengañarse y ver la verdad; pero el insensato y el carnal se complace con la ilusion.

(1) *Proverb.* XXXI, 10.
(1) *Ad Tit.* II, 11.

El perezoso quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables, no pide mas. Si la muerte viene á desportarle se espanta y se confunde. No ha considerado que el tiempo que ha dormido era el que se le habia dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso prefiere relámpagos de gozo á placeres sin término. Conoce la alternativa de las penas ó las recompensas eternas, no duda que su alma es inmortal, y cuando dudara, la duda sola debia obligarle á tomar el partido mas seguro; pero su estupidez es tan increible como inexcusable, vive como si no debiera morir, abraza el estado sin pensar en la muerte, entre los motivos que le determinan la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta ceguedad con el insuperable amor que tenemos de nuestro bien.

Es que somos como los niños, á quienes los objetos presentes arrebatan y determinan sus movimientos. Los objetos distantes, por grandes que sean, no les interesan, las amenazas de lejos no los intimidan; pero si una espina les pica, si un insecto les muerde, entonces se afligen: tal es el imperio de los sentidos y tan débil la razon. Para ver bien los objetos es necesario que la razon se fortifique y que el espíritu se extienda; esto se consigue por la meditacion. De lo presente pasa á lo futuro, de lo que tiene cerca á lo que ve distante, con la comparacion que hace de las cosas se exitan el temor y la esperanza. Lo futuro se le hace presente, y no teme sufrir en el momento radas penas por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es que toda la extension de su vista circunscrita en la esfera del tiempo no se avanza hasta mas allá de los siglos. Los mas de los hombres trabajan hasta los treinta años para descansar en la vejez, porque ven viejos pobres y no quisieran serlo; esta vista les convence que un dia serán viejos; pero por estos mismos se quedan siempre niños cuando se trata de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante, no se detiene á considerarlos, no piensan que merecen ser preferidos á los que están gozando con placer; y ved aquí por qué la eternidad no entra en los motivos de sus deliberaciones. La eternidad sin embargo es la luz que puede alumbrarnos en la oscura carrera de la vida y conducirnos á esta felicidad por que tanto suspiramos.

Esta idea de la eternidad es la que excita la del temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los pasos del hombre por cualquiera vereda que camine. Este es el que puede procurarle los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo y la posesion de Dios en el otro. El que penetra bien el corazon del hombre descubre una grande verdad, y es que solo el temor de Dios puede hacer que él no sea doble, astuto, hipócrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tened por cierto que el hombre aunque sea de suyo recto y sincero, si no tiene temor de Dios dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad.

Cuando no hiciera otra cosa que estimarse mucho y tener grande opinion de su imaginaria virtud, ya se mentirá á sí mismo, pues que ninguno tiene mérito propio y todo nos viene de Dios. Los gentiles que han sido mas estimados por su rectitud, como Sócrates, Caton, Marco Aurelio, Epitecto y otros, no dejaban de tener algun temor de la Divinidad, y con todo, el que hubiera podido examinar por dentro su virtud hubiera visto muchos defectos de sinceridad. Tan cierto es que la verdad no puede habitar en un pecho en que no habita el temor de Dios.

Dios os ha dado un nacimiento distinguido y muchos bienes de la tierra; dad gracias á su providencia; pero sabed que con los bienes os ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una paradoja que sea mas útil poseer pocos bienes que muchas riquezas; pero el cristiano sabe que la medianía y aun la pobreza misma cuando está unida con la justicia, vale mas que las grandes riquezas cuando se usa mal de ellas. El pobre, si es justo, junta tesoros para el cielo, y el mas rico hace mas profundo el abismo de su perdicion. Los gentiles conocieron las ventajas de la mediocridad; pero como no tenian idea de la verdadera virtud, su desinterés nacia del orgullo ó de la extravagancia; porque á la verdad, para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo, la abundancia es mejor que la escasez, pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida; pero los ojos de la fe ven de otro modo, y Jesucristo dijo: Que era muy difícil á los ricos entrar en el reino de los cielos.

Si las riquezas se juntan con los vicios, entonces no solo será difícil, sino imposible, porque como dice el profeta, los brazos de los impíos serán rotos; esto es, todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia, el impío, el poderoso y opulento á la hora de la muerte se verá despojado de todo, y el justo abandonando lo poco que tenia en la tierra, irá á poseer inagotables tesoros en el cielo. Quizá, señor, si se nos diera la eleccion cuando nacemos, debiéramos escoger la pobreza. Con ella tendriamos menos riesgos, menos pasiones, mas ocasiones de méritos y mas semejanza con nuestro Redentor.

Pero como Dios es quien reparte los bienes, si nos hace nacer con ellos debemos adorar su providencia, aunque temblemos de nuestro peligro. No olvidemos que no somos propietarios, sino ecónomos, que tomando para nosotros solo lo necesario, debemos dar lo restante á los que no tienen, y que solo el buen uso de las riquezas puede trasformar en un antídoto el veneno, haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el cielo.

Huid, señor, á toda costa y con esfuerzo varonil toda especie de mala compañía. No hay contagio tan rápido y pestilencial, no hay fuego voraz que con tanta violencia lo destruya todo. Este es el principio mas funesto, la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres, y advertid que hay tres especies de malas compañías: la primera la que se tiene personalmente con los malos cuando se les trata y se vive con ellos; la segunda la de los libros perniciosos: el hombre mas austero y retirado del mundo corre peligro con las malas lecturas, en un instante puede perder cuantos principios de fe y buenas costumbres habia adquirido, dejándose seducir de los sofismas de los incrédulos ó libertinos; la tercera es la de sus propios pensamientos si se les da entrada en un corazon desocupado que no vela en su custodia.

El enemigo comun aprovecha las ventajas que le presenta una imaginacion fecunda en ilusiones é imágenes impuras. El espíritu se deja arrastrar por estos objetos se-

ductores cuando la voluntad se abandona á tan falaces guias. Las malas compañías exteriores no son peligrosas sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellos, de las gentes y de los libros, lo que decia David á Dios (1): "Señor, no quiero tener ninguna sociedad con los vanos é injustos, ni sentarme con los impíos y malignos." Sin esta resolucion eficaz y constante seremos orgullosos, vanos y satisfechos de nosotros mismos, injustos con el prójimo, malignos en nuestros juicios, y flojos, impíos ó indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo mas importante y el punto en que debeis insistir con una determinacion que jamás vacile. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero mas aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesucristo nos manda sacarnos el ojo, cortarnos la mano ó el pié que nos escandaliza, ¿cuánto mas debemos alejar de nosotros todo mal ejemplo? Esta obligacion es mas estrecha en un padre de familia, pues debe á sus hijos buen ejemplo y educacion. Nada puede viciarla tanto como los malos ejemplos, y el afan de muchos años en la instruccion de un jóven se malogra en un instante con la seduccion de un perverso. Tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando tambien que vivan como cristianos. San Pablo decia que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel. Estas son almas que la divina Providencia ha puesto á su cargo y de que dará cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán mas que corromperle á él mismo ó á lo menos corromper á su familia.

El que conoce la flaqueza de la naturaleza degradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal ejemplo. Uno solo puede bastar para derribar en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud, uno solo puede corromper una sociedad de santos, uno solo puede destruir todo el fruto de una larga y laboriosa educacion, uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo cristiana y arreglada. En fin, no hay paste tan mortífera y que comunique su infeccion con tanta rapidez como se propaga el vicio en nuestro débil corazon.

Sed pues inexorable contra todo lo que pudiera exponeros y exponer á cuanto os rodea á tanto daño. Esconded á los ojos de vuestros hijos y familia todo ejemplo que pudiera tentarlos. Apartad sus ojos de todo discurso que los pudiera seducir; les debeis buen ejemplo, instruccion y enseñanza; pero debeis cuidar tambien y con gran vigilancia que nadie pueda destruir lo que vos edificais.

Vos debeis suponer que no habiéndoos procurado en vuestra vida pasada criados ni amigos virtuosos, estais en obligacion de examinar su conducta y de reparar esto mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar y que vuestros discursos les manifiesten otro modo de pensar. Pero antes de convertirlos con la palabra dejad que hablen vuestros ejemplos y que vuestra conducta práctica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta, procurad persuadirlos con celo, pero con dulzura y prudencia; y cuando esto no bastare, no hay que detenerse, alejadlos de vos y de la parte de sociedad que la Providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexionad que el que no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen criado. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á su Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitan ó el interés los tienta. ¿Quién puede responderos de un criado cuando el amor propio le seduce á un delito secreto que espera dejar escondido, si la propia conciencia y la idea de un Dios vengador no le detiene? ¿y cómo podeis contar con el amigo? ¿cómo podeis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre que cuando una pasion le arrebata, no puede hallar en la religion un freno que le contenga? ¿cómo podeis esperar que los intereses de su fortuna y de su corazon no sean preferidos á los vuestros?

Desengañaos, señor; no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados sino entre las personas que aman á Dios y viven arregladas á los principios de la religion. El mundo presenta muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad. Nada es mas persuasivo que su estilo, nada mas seductor que sus caricias. Los imprudentes persuadidos de su propio mérito se dejan engañar; pero nada es mas frívolo ni mas falso; á la mas ligera ocasion de interés propio todas estas propuestas se deshacen como humo. Por el contrario, no hay mas sincera amistad que la del cristiano; es hombre de bien porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos aduladores, compañeros del placer y del desórden, pero la virtud sola da amigos verdaderos.

Por otra parte, nada hay que nos inflame mas en el deseo de servir á Dios con fervor que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son una especie de oracion continua, un ejercicio habitual de adoracion y amor. Nuestro corazon se purifica y abrasa. Nos encendemos en un mismo fuego y salimos llenos de ardor para renovar nuestra oracion y presentar á Dios los ejercicios de nuestro culto. ¿Cómo podeis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿qué sentimientos pueden llevar estos hombres al templo del Señor? ¿cómo pueden oir las alabanzas de Dios, penetrarse de la idea de su grandeza y comunicarla á los demás fieles? ¿qué figura pueden hacer en las juntas de la religion? Lejos de enseñar á los pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el ejemplo de la inmodestia, de la disipacion, sin contar el fausto que ostentan á los piés de un Dios crucificado.

Si quereis ser bueno vivid con los buenos. Si quereis que vuestra familia sea arreglada, no dejeis en ella ninguno que la desordene. Si quereis tener criados fieles escogedlos entre los que temen á Dios. Y si quereis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la religion. Es menester ser buen cristiano para ser bueno en cualquiera otra luen; solo los que profesan con sinceridad el cristianismo pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero cristiano reune dos calidades que parecen opuestas: sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazon, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios, y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos y todos sus amigos están en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra; á lo menos pide por ellos. Sus mejores y mas frecuentes alimentos son la oracion y la sagrada comunion, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios y en imitar á Jesucristo, siente no haberle conocido mas pronto y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debeis asociaros si quereis no desviaros jamás de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debeis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os librarán de muchos disgustos y tendreis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió después. Adios, amigo mio.

(1) *Psalm. XXV*, 4, 5.

CARTA XXXI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Á cabos por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida, semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba me afligia con la idea de que me quedaba uno menos. Yo no hubiera imaginado jamás que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡Oh cuánto yerran cuando se figuran que la virtud es austera y que los ejercicios de la devocion son penosos á los que los practican! Error deplorable que da tantos sectarios á los vicios. Pero por mi dicha solo la experiencia me ha enseñado que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia y con la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la tierra que los que se entregan á las pérfidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios, y la razon alcanza que así es. El hombre, siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino, á cada paso que da se extravia mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho ó que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no se satisface mas ó que no le sacia menos. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon, la necesidad de buscar sensaciones dulces para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos, que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos que la precipitan de vicio en vicio. ¡Dichoso aquel á quien una luz temprana le ataja antes que se despeñe y le descubre el verdadero camino de la felicidad!

Entonces distingue mejor los objetos, entonces alcanza á ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce á ella, y le sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le pesaba antes tanto, que procuraba engañarle á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden; ya lejos de sobrarle, no le basta para las ocupaciones serias y le llena todo con la satisfaccion de saber al fin del dia que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan insoportables al profano, son los que contribuyen mas directamente á su felicidad y á que se le pase el tiempo sin sentir; porque los que se destinan á llenar en compañía de otros y en prácticas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas mil ventajas que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos, y estas ventajas son tan visibles, que la razon y sana filosofía debieran reconocerlas aun sin las luces de la religion.

Los cristianos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza marchan juntos al término que buscan, recíprocamente se refuerzan. Solo con estar ocupados y tener todos los momentos del dia distribuidos en devotos pero varios ejercicios, destierran la ociosidad, y con ella los vagos ó los malos pensamientos, que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del dia les procura un apacible sueño que los preserva de muchos peligros, porque los aleja de su imaginacion. El mutuo ejemplo los fortalece, las continuas ins-